

En este año de elecciones (tanto políticas, como a futuro, como de responsabilidad) - 5to año-, desde la materia Psicología, se nos ha pedido hacer un proyecto sobre el adolescente y las prácticas ciudadanas.

Con mi compañera, decidimos tratar un tema “tabú” hace algunos años, “cliché”, lamentablemente, por estos días: las conductas autodestructivas. La elección fue al unísono y con determinación. Ambas, desde siempre, estuvimos interesadas en las áreas que esto abarcaba, pero más que

nada, nos llamó la atención el porqué. No planteamos soluciones, tan sólo causas, ya que, comprendiendo desde la base, es por donde se debe empezar a ayudar y a reconstruir.

Pese a la existencia de las conductas autodestructivas directas (CAD) -básicamente, suicidio- y de las conductas destructivas indirectas (CAI), nos enfocamos mucho más en las segundas debido al abanico de posibilidades y de expresiones que éstas agrupan. Entre ellas, encontramos el consumo de tabaco, alcohol y drogas, las alteraciones del cuerpo (tatuajes, piercings, etc.), los trastornos de la alimentación (obesidad, anorexia y bulimia) y las relaciones sexuales de alto riesgo. Las mismas poseen siete causas comunes con sus respectivas variaciones (se debe aclarar que estas causas son del ámbito cotidiano y se limitan, por ejemplo, al método psicoanalítico): la intolerancia ante la frustración (ansiedad, angustia, estrés), el llamar la atención (desesperanza), las consecuencias de una agresión, la estimulación (placer, vigor, darse fuerza), la personalidad (factores resilientes y de riesgo, baja autoestima, psicopatologías), el rol que cumple el adolescente en la sociedad y la influencia de los medios (falta de confianza, “población vulnerable”).

Habiendo mencionado estos meros aunque necesarios datos, tanto las conductas específicas como sus causas, es menester, al menos para nosotras, decir qué pensamos sobre esto conforme toda la información confinada a este trabajo que, obviamente, no hemos podido agregar aquí por su extensión. Optamos por utilizar la primera persona del plural ya que, al ser adolescentes, nos identificamos mucho con estos casos y, nos guste o no, conformamos la misma unión.

Por un lado, es interesante como, siendo individuos, aún así necesitemos de una sociedad para vivir, ya sea organizada o no. No nos basta con ser únicos y, básicamente, ser; carecemos de la capacidad de vivir solos a pesar de tanto “progreso” (cuestionable, en algunos casos). No obstante, más interesante es la influencia y nuestra propia vulnerabilidad frente a entes equivalente a nosotros.

Vivimos en una sociedad de críticos, de perfeccionistas, de reglas y de modas. ¿Cuándo algo será suficiente como para complacer a esta sociedad? ¿Cuándo dejaremos de ser, los adolescentes sobre todo, copias?

¿Alguna vez lograremos ser realmente únicos y destacarnos sin importar la opinión popular? A posteriori, vemos un camino tortuoso y turbulento, pero no imposible de transitar. El ser humano tiene capacidades, tiene herramientas, tiene metodología, sólo hace falta darse a la tarea de ponerlas en práctica y salir de zona de confort. No podemos seguir permitiendo que “el ser distinto” conlleve a situaciones trágicas, depresiones y angustias. No lo creemos justo.

Por otra parte, aplicando el concepto de ciudadanía, el Estado debería brindar ayuda al adolescente y no corromperlo desde temprana edad para seguir un partido político. Debería mejorar la educación, los espacios de consulta, ofrecer apoyo a aquellos que transitan situaciones riesgosas: **cuidar del adolescente**. Somos el mañana.

¿Acaso no merecemos salir al mundo confiados y sin miedo al qué dirán o a la frustración? ¿No merecemos tener las herramientas necesarias para salir adelante? Como ciudadanos tenemos derechos, obligaciones y responsabilidades. Pero, ¿cómo ser responsables si no tenemos inculcado el concepto? ¿Cómo cumplir con ciertas obligaciones cuando, varias veces, las creemos innecesarias? Y, si tenemos esos derechos, ¿por qué no se cumplen?

Nuevas tecnologías aparecen, la moda es más extravagante y riesgosa, los ideales son, mayormente, vacíos y dañinos. Demasiados cambios, ¿cierto? Somos cada vez más vagos, irresponsables, desmotivados y vacíos... Tanto como nuestros "ídolos".

Si somos la población vulnerable, ¿por qué nadie se ocupa de nuestro bienestar y nos deja a merced de una avalancha de novedades que realmente no necesitamos? ¿Por qué nos indican cómo ser y cómo no? Somos inhibidos, cohibidos por esta sociedad de censura, reproche y juicio.

Sin embargo, nadie hace hincapié en lo que nos provoca. Violencia, belleza, moda, represión. ¡Basta! Decimos "basta". Tantos casos, tantas pérdidas, tanto destruido tan solo por no saber convivir, por no saber cómo vivir en sociedad. Ese es el problema mayor y es la causa subyacente del tema propuesto. No toleramos la frustración por la exigencia que este mundo nos presenta, no hallamos otra forma de ser escuchados que dañándonos a nosotros mismos, nadie detiene la violencia y es aceptada como algo cotidiano, no fomentan los factores resilientes, no fomentan nuestro autoestima, no creemos pertenecer a esta sociedad, somos reclusos, somos exiliados. Los medios nos persiguen y nos implantan moldes; somos maniqués, títeres de un sistema. Ese dolor no podemos expresarlo; nadie nos quiere escuchar. Lo único que nos queda es reemplazar este dolor, esta angustia, por otro creado por nosotros. Hasta qué punto hemos llegado...

En cuarto lugar, nos percatamos de que los adolescentes, la mayoría, que padecen estas conductas, se sienten vacíos, no hay emoción, no hay esperanza, no hay motivación para seguir adelante. Deben hallar placer en otro lado, pero en el entorno no lo hallan (ni en la familia, ni en la escuela, ni en la actividad deportiva, etc.). Y, no podríamos asegurar que la encuentran al dañarse; se podría pensar que se conforman con tener el control (desórdenes alimenticios, tabaco), con sentir sensaciones nuevas, aunque produzcan dolor (autolesión, alteraciones), con retraerse y abstraerse de la realidad (drogas, alcohol) o, básicamente, con morir. Dejan lo máspreciado, que es la vida, por cuestiones, normalmente, ajenas (no psicopatologías). Como se postuló en el Simposio de Viena de 1910, "nadie se suicida si su muerte no es deseada por otro" y, muchas veces, ese otro somos nosotros como sociedad.

Finalmente, queríamos aclarar que este trabajo nos hizo pensar profundamente sobre lo que hacemos, lo que creemos y lo que defendemos. Hay un mundo nuevo por conocer y nuestra generación no puede expresar su máximo potencial en un marco tan estricto y tajante. Fenomenal sería que nos dejen ser, que cesen de juzgar porque, en determinado punto, nosotros nos alimentamos de ello y continuamos la tradición afectando a nuestros propios pares, a los que conformarán, junto a nosotros, el futuro. Principios básicos son violados día a día y, por lo menos nosotras, no pretendemos seguir así. Basta de violencia, basta de abuso, basta de estigmatismos, basta de represión, basta de ignorarnos. Los adolescentes también pertenecemos.

García Cornaglia, Romina; Gorla, Maité. 5° 3°